

La Agonía de Ser

Arik Eindrok

*La agonía era esa insana condición
que no podía ser evitada con nada
y que se manifestaba en todos los aspectos posibles:
la agonía de ser yo,
la agonía de ser humano,
la agonía de existir;
pero, sobre todo, la agonía de simplemente ser.*

I

La fascinación por el suicidio es normal cuando se ha comprendido lo horrible que es existir en esta execrable realidad rodeado por seres aún más execrables y prisionero de este vomitivo traje carnal.

Y, mientras el suicidio no sea nuestro objetivo en la vida, seguiremos pasando de un autoengaño a otro sin remedio; seguiremos divagando en el sempiterno sinsentido y alimentando a la execrable pseudorealidad.

Dijeron que no lo había logrado, pero yo creo que sí. Los ahí congregados a su alrededor murmuraban que había fallado, pero no era así. Al contrario, claro que lo había logrado, pues había hecho lo que siempre había deseado hacer, había cumplido su única meta en la vida: quitársela.

No dejo de pensar que la única forma en que la existencia me parecería algo bello es si no estuviera yo en ella.

Y, conforme pasa el tiempo, es incluso natural que las personas a nuestro alrededor (y las que no también) nos parezcan cada vez más estúpidas, repugnantes y mundanas. Al final, tan solo veremos a las personas como lo que son en realidad: basura.

Es inútil intentar salvar al mundo, es mejor intentar salvarse a uno mismo, aunque esto último implica precisamente dejar de ser uno mismo. Es más, implica dejar de ser por completo, pero eso es lo mejor.

Según veo, estamos jodidos... Y seguir viviendo será nuestra condena, pues cada vez será más insoportable todo. Así pues, solo queda una solución, tan contundente como intrigante: suicidarse.

Quien odia a la humanidad, al mundo, a la existencia, a su familia y a sí mismo sin duda alguna ha comenzado el camino hacia el auténtico despertar.

Tantos años de evolución, tantas civilizaciones han surgido y perecido, tantas guerras ha habido, millones han muerto y han nacido, tanta humanidad se ha esparcido... Y, sin embargo, aún no se ha podido responder a una simple pregunta: ¿para qué existir?

Morir es algo muy bueno, sí, pero suicidarse... Suicidarse es algo que está más allá de lo humanamente bello, suicidarse está más allá del bien y del mal.

No tenía ningún caso seguir aquí; este mundo estaría mejor sin mí y yo sin él, de eso no me cabía ninguna duda.

Pensaba que había muerto y por eso me sentía feliz, pero no, tan solo me había desmayado y ahora despertaba nuevamente en este mundo que tanto odiaba, rodeado de personas que detestaba y prisionero de este cuerpo que aborrecía con todo mi ser.

No estamos destinados a nada y nuestra existencia no tiene ningún propósito. Tan solo estamos aquí por mera casualidad, acaso solo para sufrir, ser miserables, alimentar a la pseudorealidad/matrix y luego, por suerte, morir.

Lo que resulta sorprendente es: ¿cómo pueden las personas aceptar tan tranquilamente su existencia actual? Siendo que está tan solo basada en la esclavitud, la miseria, la agonía, el sufrimiento, el tedio y el sinsentido. Pero tal vez todo eso es precisamente lo que el humano requiere para existir dada su nefanda esencia.

Quizás una de las mayores mentiras que nos han contado es que debemos amar y apreciar la vida, pues, claramente, si lo reflexionemos, no tardaremos en darnos cuenta de que esta vida es solo digna de ser vomitada una y otra vez hasta el hartazgo.

Existir es como estar encerrado en una cárcel donde la única forma de escapar es muriendo y, de preferencia, suicidándose.

No, no existe libertad mientras se esté vivo. La única y auténtica libertad es tan solo la muerte; por eso, si queremos ser en verdad libres, debemos matarnos cuanto antes.

Quitarse la vida o quitársela a otros, cualquiera de las dos cosas es sublime y nos acerca un poco a la catarsis final.

El amor no soluciona nada, es tan solo otro mecanismo de control y manipulación. ¿De qué ha servido el amor hasta ahora? Mera hipocresía para enmascarar lo que es la humanidad: basura. Sería mejor darle una oportunidad al odio, tal vez así se arreglaría el mundo un poco.

Lo intenté un tiempo, pero no pude. Me resultaba imposible amar a mis semejantes cuando todo lo que pensaba al verlos y escucharlos era en muy poéticas maneras de descuartizarlos.

Tuve que matarte, no tuve opción. Pero lo hice porque te amaba y también porque me amo es que debo ahora, mientras acaricio tu rostro ya frío, dejar de existir para siempre.

Era un odio irracional el que experimentaba al mirar a la mayoría de las personas. Era como si su simple existencia representará algo horrible, patético y asqueroso. Y, tal vez, en realidad así era. Por eso, debían ser eliminados cuanto antes. Yo debía hacerlo, debía poner fin a su inútil existencia.

Solo quería salvar al mundo, pero para eso quizá debía condenarme. ¿Qué más daba? ¡Al diablo todo, mataría sin parar hasta que no pudiera más!

El mundo tan solo se purificará cuando la humanidad se haya extinguido, jamás antes.

No podría amarte en vida, pues la única manera en la que podría amarte es muerta. Y, si te suicidaras, te amaría por siempre.

Tememos tanto irnos al infierno que no podemos percatarnos de que, de hecho, ya estamos en él.

Tonta y asquerosa humanidad cuya única función ha sido reproducirse estúpidamente, contaminar el planeta, extinguir a las especies, crear sociedades miserables y llevar al límite el sufrimiento y la depravación. ¿Sería mucho pedir si se pudiera regresar el tiempo y evitar su repugnante y blasfema existencia?

La mayor parte de la humanidad no está lista para despertar, sino todo lo contrario: está perfectamente adoctrinada y preparada para ser esclavizada de un modo u otro. Es por eso por lo que este sistema abyecto funciona, porque las ovejas están satisfechas siendo guiadas por los lobos; más aún, protegerán incluso aquello que las esclaviza. Este es solo un mecanismo de defensa del sistema mismo y es, a la vez, algo grandioso: hacer que los esclavos adoren, amen y defiendan con su vida su maldita esclavitud.

La vida eterna, por suerte, no existe. No podría imaginarme a una raza como la humana, con su pestilente esencia y su imperante estupidez, existiendo por siempre.

Cuando el deseo suicida pasa de ser impulsivo a ser reflexivo es cuando más necesario se torna tan sublime acto, pero es cuando también, amargamente, menos probabilidades se tienen de llevarlo a cabo.

La existencia es tan solo una llave que no lleva a nada, que tan solo abre puertas de desolación, sufrimiento y miseria; habitaciones que sería mejor nunca haber abierto con una llave que sería mejor nunca haber poseído.

La nada es el único estado donde el ser encontrará la verdad, la catarsis y la paz.

¿Qué son el bien y el mal sino delirios de una raza de monos parlantes cuyas vidas son tan intrascendentes como repugnantes? ¿Cómo se podría esperar de tal raza una auténtica reflexión sobre la moral y la ética cuando justamente son conceptos opuestos los que rigen sus miserables actos?

II

Es bueno tener siempre con nosotros una pistola, una soga o una navaja, pues nunca se sabe cuándo decidiremos al fin abandonar esta sacrílega realidad y cruzar el umbral de la fantástica iluminación.

El hecho de tener un hijo ya es algo aberrante, pero el de tener varios es una blasfemia digna de los más cruentos infiernos.

La muerte de otros no significa nada y no debemos sufrir por ello sin importar cuán cercanos hayan sido a nosotros, mejor sería alegrarnos por su partida. De hecho, nuestra muerte misma tampoco significa nada, tan solo simboliza el final, afortunadamente, de nuestra absurda esencia en este deplorable mundo.

No necesitaba de más pruebas o supuestas misiones de vida que me fortalecieran, pues me había dado por vencido desde hace mucho. Lo que yo necesitaba era otra cosa, algo más definitivo y sublime, algo como la muerte.

Me pregunto si los padres saben el delito sin nombre que cometen al procrear, al traer otro absurdo ser a este ya de por sí pantano de absurdidad e inmundicia infinita.

Es curioso como nuestra existencia se compone de puras mentiras y como, en nuestra infame ignorancia, abrazamos con toda nuestra fuerza estos dulces engaños.

El ser es la criatura que, aun sabiéndose autoengañada o engañada, prefiere seguir en tal estado antes que contemplar la cruda verdad.

La destrucción es considerada una forma de creación y, en este caso, la creación de la destrucción. Dicho de otro modo, la creación de la muerte que traslada al ser, por decirlo de una manera, al vacío, pues solo así se puede alcanzar la purificación absoluta de esta existencia malsana y absurda. El suicidio, entonces, funge como el elemento clave en este proceso, ya que proporcionará el puente entre el sinsentido y la inexistencia.

Destruir, finalmente, es la única forma de catarsis real, pues cualquier otra clase de cambio tenderá inevitablemente al mismo ciclo de miseria existencial sin importar los ajustes. Así, tan solo la esencia de la nada conducirá a una auténtica y sublime escisión adimensional.

Tan hermoso que es el suicidio y tan horrible que es la existencia. Y, sin embargo, preferimos esta última, aunque ni siquiera sentido tenga. No cabe duda, entonces, de que somos unos completos imbéciles.

Mientras nuestra voluntad por matarnos no sea suficiente, tendremos que resignarnos a padecer los múltiples, casi infinitos métodos de tortura con los que la vida nos “bendice” diariamente.

Ya no sucedía nada interesante en mi vida desde hace mucho, ya nadie estaba conmigo ni tampoco quería que lo estuviera, ya mis fuerzas se habían agotado y mis lágrimas se habían secado. Todo lo que quedaba de mí era un muerto viviente que, por alguna razón desconocida, no podía transformarse en un muerto real.

Quizá la verdadera espiritualidad pueda ser alcanzada tan solo después de haber experimentado una profunda desesperación existencial y una melancólica soledad que nos lleven al punto perfecto para suicidarnos.

Solía amarte con todo mi ser, pero ahora tan solo somos dos extraños que alguna vez creyeron que podían compartirlo todo.

No sé qué haría si algún día te perdiera, pues eres todo lo que tengo; eres todo lo que me mantiene y lo que me impulsa, aunque al mismo tiempo me tortures y me destruyas. Dicen que debo asesinarte, pero sencillamente no me concibo existiendo sin tu esencia, sin ti: mi ego.

Me cansé de suplicar por el fin de esta miseria, así que decidí actuar por mi cuenta y aniquilar mi pestilente esencia de una buena vez. Sostengo el arma en mi mano, es más complicado de lo que pensaba. Pero no tengo opción, pues seguir viviendo es, de cualquier forma, tan solo otra forma de morir día con día. Prefiero mejor morir del todo esta noche, prefiero ahogar mi sufrimiento en el colapso de mi último yo.

Eres todo lo que odio, pero, al mismo tiempo, eres lo único que podría amar en mi torpe y absurda humanidad, pues eres lo más puro y sublime que han contemplado mis tristes ojos suicidas.

Sí, es cierto... Yo me maté por ti, porque creí, quizás ilusamente, que así podrías llegar a notarme, a apreciarme, a valorarme y, ¿por qué no?, a amarme algún día.

Sabía que lo nuestro no era amor, pero sabía también que nada más lo sería.

Perdí mi halo por ti y jamás volví a ser el mismo después de haberte conocido. Tú cambiaste no solo mi destino, sino la melodía de mi alma. Y, aunque te fuiste tan pronto hacia las estrellas, aún pienso en ti cuando, noche tras noche, fantaseo con la idea de desenterrar tu cuerpo y acariciarlo una vez más.

Prefiero creer en mí mismo que en algún dios, pues así al menos el engaño es un poco más tolerable.

Al final, lo único que importa en la vida es... ¡Nada, absolutamente nada! Nuestra muerte será tan irrelevante como lo fue nuestra vida, así que en

realidad da igual todo.

Siempre se habla de anular el ego, pero, si hiciéramos esto, ¿qué quedaría de nosotros entonces?

La mayoría de las personas jamás se cuestionará nada, ni siquiera lo más básico. Creerán ciegamente en lo que les fue inculcado y vivirán sus estúpidas vidas bajo estos patrones. Luego, si se sienten atacados en sus obsoletos principios, buscarán algo dentro del sistema que les refuerce su creencia para remarcar aún más su adoctrinamiento mediante un falso sentido de pertenencia.

Así es la mísera y nauseabunda existencia del ser: una mentira desde que nace hasta que muere, y quién sabe si en la muerte se halle un resquicio de verdad...

Dime que me amas, porque ya me odio demasiado y lo único que pienso en estos momentos es en que se termine ya mi vida. La melancolía es muy fuerte y yo muy débil, la sangre escurre y me gusta la sensación. Solo no te vayas todavía, acompáñame hasta el final de esta tragedia, hasta que mis ojos se cierren para siempre y tu imagen, aunque imaginaria, sea todo lo que permanezca en este sombrío manicomio.

Me pateaste en la cara cuando peor estaba, cuando me hallaba tirado en el suelo suplicando por compasión, pero ni siquiera así me atreví a reprocharte nada, pues sabía que más adelante tendría la oportunidad de hacer lo que hago ahora: comerme tus intestinos.

Tengo miedo de que ya no me ames más, aunque tal vez tengo más miedo de que sea yo quien ya no te ame más.

Nos pasamos la vida intentando evadir todo aquello que nos hace daño, sin sospechar que, de hecho, la vida misma es el mayor de los daños y el que no podemos evitar.

Y, sin duda, dentro de todo el conjunto de malas decisiones que tomo diariamente la más sobresaliente es la de no suicidarme.

Y, aunque mi corazón deje de latir tras la muerte, ni siquiera así dejará de amarte...

Creía conocerte al menos un poco, pero lo que no me esperaba, después de esta desastrosa unión, era lo mucho que me desconocía a mí, pues gracias a ti he aprendido lo mucho que puedo llegar a odiar a alguien.

La conmoción fue real, todos los cambios parecían una tormenta diabólica de emociones encontradas. Los colores y los sonidos se mezclaban, pero en una mezcolanza más potente que la de cualquier sustancia conocida. Era como estar brutalmente ebrio y, al mismo tiempo, super consciente de todo. No sé, también parecía como si experimentara infinitos orgasmos, todos en un segundo; aunque el tiempo no existía ya. Sí, todo eso y mucho más era lo que acontecía mientras yo me hallaba tirado en el pavimento tras haberme arrojado de aquel décimo piso. Entonces tuve la plena certeza de una sola cosa: mi muerte estaba aconteciendo justo ahora y para siempre.

III

Una vez más lamentaba mi condición, pues la sensación de miseria y vacío existencial no menguaban ni un poco, pero, al mismo tiempo, tampoco tenía aún el valor de abandonar esta horrible realidad. Tal era mi situación, tal era mi inmanente sufrimiento y tal era la forma en la que me veía condenado a seguir existiendo hasta que mi cuerpo se pudriera y mi alma enloqueciera.

Estaba triste, pero mi tristeza iba más allá de las cosas de este mundo: mi tristeza era este mundo entero.

Mi corazón, mi mente y mi espíritu simplemente ya no soportaban seguir en esta falacia de realidad. Todo era tan absurdo y ridículo, todas las personas tan estúpidas y todos los lugares tan aburridos. Solo me quedaba una posibilidad para escapar, aunque ello implicase destruirme por completo; aunque, de hecho, eso sería lo mejor para mí y para todos.

Cuando los problemas mentales son la desesperación de existir, el hartazgo existencial extremo y el anhelo de la inexistencia absoluta no existe ningún medicamento, terapia, libro, religión, creencia ni ninguna otra bagatela que pueda salvarnos, salvo quizá solo el encanto suicida.

La muerte es acaso el único placer real y permanente que podemos experimentar en esta miserable existencia humana.

¿Por qué diablos existía este mundo? Me parecía incomprensible tal abundancia de sinsentido y estolidez, tan repugnante desfachatez de humanidad esparcida. Pero no había respuestas, ni siquiera indicios que mostraran un camino. Quizás entonces este mundo era solo consecuencia de un caos nauseabundo que convergió en la peor pesadilla alguna vez soñada.

La sobreestimulación era peligrosa, pues con ella se perdía gradualmente el interés en cualquier cosa. Ya nada era suficiente, ya todo era absurdo. No importaba si se trataba de pornografía, prostitución, drogas, sexo o demás tonterías... El hecho era que, de una manera u otra, ya no podía evitar sentirme vacío e indiferente.

Destino o casualidad, lo que sea que haya sido no importa. Lo único que puedo decirte es que besarte ha sido lo menos miserable en mi deprimente y ridícula existencia.

Quise llenar, con tu cuerpo, el abismo de mi alma, pero lo único que conseguí fue hacer más infinito dicho abismo.

No existirían palabras que pudieran describir las mágicas sensaciones que experimento al contemplarte. Y es que sí, ni siquiera necesito tocarte, el simple hecho de contemplar cada uno de tus elementos, tanto carnales como mentales, me hace querer amarte más allá de tu cuerpo, alma y mente, pues me hallo perdido en la profunda belleza de tu mirada y tan solo la muerte, creo, podrá liberarme de tan delicioso hechizo.

El espejismo de tu ser me tortura cada noche, siento tu sangre sobre mi rostro y me impacienta saber que impaciento a la soga. Todo lo que me queda es esa maldita sustancia que inyecto en mis venas con la esperanza de que, así, pueda desvanecerme un poco de esta funesta realidad donde tú ya no existes más.

Todo en ti es un engaño nefando, pues tu inconmensurable belleza es solo comparable a la podredumbre que impera en tu alma. Sin embargo, eso no me importa, pues te amo aun si eso implica mi propia destrucción; de hecho, eso es justo lo que requiero.

La corrupción es tu esencia, pues los demonios de tu interior se han apoderado de tu razón y tu existencia es ahora tan solo una pútrida cáscara adornada con un hermoso rostro; uno que no me canso de adorar en cada noche de poéticas caricias endemoniadas.

Nada es posible, nada está predestinado, nada estará bien, nada es para ti, nada tiene sentido y, finalmente, nada impide que te suicides hoy más allá de tu propio conglomerado de ridículas creencias que te mantienen engañado/protegido del caos existencial más blasfemo.

No renuncies a mí que yo no renunciaré a ti sin importar cuán absurdo se torne todo. Tú eres la única luz que aún percibo en esta cueva de sinsentido y aberración, pues sé que dentro de ti se haya algo más allá de lo humano.

Dije que lucharía, pero mentí. Perdí la batalla contra mí mismo, que era la más importante. Ahora no queda sino hacer de esta habitación el lugar donde se pudrirá mi cuerpo y donde mi espíritu al fin será libre.

Las voces que resonaban demencialmente en mi cabeza no paran de decir que estoy loco, pero yo les digo que están paranoicas y que todo está bien, que aún soy dueño de mí mismo, aunque a veces me desconozca cuando me sumerjo en la tina de sangre helada.

No soy un asesino, lo juro. Tan solo quería distraerme un poco del aburrimiento ocasionado por esta execrable existencia, pero no creí que sería un crimen masacrar a aquellas familias y luego comerme sus cerebros mientras me masturbaba con sus cadáveres.

Estar solo no es malo, lo realmente preocupante es estar rodeado de personas y, aun así, sentirse solo. Aunque esto es tal vez natural para los poetas suicidas que ya no pueden adherirse a la pseudorealidad con gusto ni tampoco tolerar la compañía de otros títeres.

Nos pasamos la vida preocupándonos por la vida cuando en realidad deberíamos preocuparnos por la muerte, pues será esta última donde nos quedaremos, al menos hasta sabemos, eternamente, y no en esta efímera y patética experiencia de sufrimiento carnal.

No debemos permitir que nadie destruya nuestros sueños, para eso nos tenemos ya a nosotros mismos. Y ¡vaya que hacemos un estupendo trabajo por nuestra cuenta!

No me queda otra conclusión a la cual llegar salvo que somos demasiado tontos como para seguir sufriendo absurdamente en esta ominosa existencia cuando bien podríamos suicidarnos en este preciso momento.

La realidad, de ser real, es lo más irreal que alguna vez pude haber imaginado en mis más sombríos delirios.

Tal vez en el fondo ese era mi problema: que yo no había sido hecho para las cosas de este mundo.

¿Cómo podría amarme a mí mismo cuando todo lo que quisiera es suprimirme de cualquier tipo de existencia en cualquier tipo de realidad en cualquier otro yo?

Pensaba que me había enamorado perdidamente de ti, pero no, tan solo me enamoré de tus mentiras y de un falso yo que tan idílicamente te encargaste de incrustar en mi mente.

Me decían que debía buscar algo que le diera sentido a mi vida, pero la verdad es que no quería hacer nada, pues estaba demasiado hastiado de todo, incluso de mí.

Morir, seguir muriendo y volver a morir... Quizá solo así se pueda evitar vivir, seguir viviendo y volver a vivir.

Y ahí estaba yo, con el corazón roto, ebrio hasta el tuétano, con una cajetilla vacía de cigarrillos, rodeado de prostitutas y malvivientes, despilfarrando mi dinero en apuestas impensables, pero en el fondo sabiendo que todo eso solo era mero teatro, pues mi verdadera esencia estaba más allá de aquella depravación e incluso más allá de mi entendimiento.

La vida ya no me interesa, pero tengo miedo de que la muerte ya tampoco lo haga, pues es lo que único que aún me hace soportable el seguir viviendo.

Y, si este mundo, esta existencia y esta realidad no pueden funcionar como yo lo deseo, entonces ¿por qué querría seguir en ellas?

Más allá de todo lo que han dicho que soy e incluso más allá de lo que me he repetido todo este tiempo que soy, ¿quién o qué soy? ¿Cómo podría responder a tal interrogante desde mi propia consciencia? Es un poco complicado seguir existiendo sin saber quién soy, pero creo que así es como existe la humanidad en general.

Entonces ella se acercó a mí, sostuvo mis manos y me dijo, con cierta mezcla de temor y desconcierto, que a veces se preguntaba quién o qué era yo en realidad, aunque creo que mi respuesta no le sirvió de mucho, pues le dije que, ciertamente, a mí también me gustaría saber lo mismo...

IV

Los funerales deberían ser una fiesta de alegría infinita, pues la muerte de alguien, más allá de nuestro humano egoísmo y nuestro tóxico apego, es el suceso más hermoso que pueda acontecer. Y, si se trata de la nuestra, creo que estaríamos hablando de la verdadera felicidad.

Creemos que la vida es bonita únicamente porque, por azar, no debemos padecer sus más miserables giros, al menos por ahora...

La vejez es, acaso, solo el castigo que nos impone la vida por no habernos suicidado durante nuestra juventud.

Y, para aquellos suicidas vivientes, lo único que nos queda, al despertar por la mañana, es implorarle al azar que al fin este nuevo día sea el último.

La vida implica demasiado esfuerzo para lo poco que ofrece y para el poco tiempo que se está en ella, por eso es mejor estar el menor tiempo posible en ella.

Somos peones de carne y hueso padeciendo métodos de esclavitud mental y manipulación mediática, pero creyéndonos más libres que nunca cuando somos más presos de todo, sobre todo de nosotros mismos.

La pseudorealidad/matrix siempre gana; tan solo espera nuestro quiebre en cualquier momento, ya sea mediante la locura, la banalidad o tal vez hasta la muerte.

Es siempre preferible estar vacío, loco y solo que infestado de humanas mentiras y patéticos hipócritas.

Seamos honestos con nosotros mismos, busquemos en nuestro interior de manera auténtica y el resultado será obvio: no hay razones para seguir existiendo, no hay nada por ser o hacer; lo único que hay es precisamente eso: nada.

Nadie sabe para qué existe ni por qué, tan solo se autoengaña con cualquier bagatela para creer que su miserable existencia tiene un sentido y, así, no pegarse un tiro en la cabeza al irse a dormir.

La muerte era nuestro objetivo final, la vida tan solo un gran conjunto de obstáculos innecesarios y de pésimo gusto.

El suicidio, cuando es reflexivo y existencial, es el acto más sincero y purificador que podemos llevar a cabo.

Pensamientos que van y vienen, reflexiones que no llevan a nada, otra botella de vodka vacía en el piso, otra cajetilla de cigarrillos amontonada

junto a otras diez... Y, ¡joder!, otra noche más que me voy a descansar sin que se trate del descanso eterno.

No me sentía ya identificado con nada: ni con mi trabajo, ni con mis estudios, ni con religión alguna, ni con mi nación, ni con mi familia, ni con mis amigos, ni con mis hijos, ni con mis padres, ni con esa mujer que llamaba esposa y que decía amarme, ni con la música, ni con el arte, ni con la literatura, ni con la poesía, ni con la filosofía, ni con ciencia alguna, ni con la humanidad y, en último término, ya ni siquiera me sentía identificado conmigo mismo.

Salir de uno mismo es, curiosamente, la mejor forma de autoconocimiento, pues tan solo nos identificamos mediante la comparación con otros. Es así como podemos definirnos en cada nivel de la existencia y es así, acaso, como también podemos destruirnos.

No podía parar, y en verdad intenté no hacerlo por largos periodos de tiempo, pero era inútil resistirse. El ritual debía completarse o, sino, quien sabe qué sería de mí. Pero ahora descansaba de tan psicótica necesidad, pues ya tenía en mis manos el cadáver de aquella mujer a quien hasta hace poco decía amar. Y ya me disponía nuevamente, como tantas otras veces antes, a fornicar ese cuerpo ensangrentado, putrefacto y ya sin vida, pero todavía sumamente excitante.

Nuestra auténtica esencia, de existir, ni siquiera ha sido asequible para nosotros mismos. Está oculta en un lugar tal que nuestras humanas acciones y tontos actos no pueden afectarla en lo más mínimo. Y es probable que la única forma de acceder a ella sea mediante el suicidio sublime.

Todo es una contradicción caótica y absurda: el ser, la vida, la existencia, la humanidad y, tal vez, también la muerte.

Con el paso del tiempo, y tras haber fracasado en nuestros ridículos intentos suicidas, nos damos cuenta de lo mucho que amamos vivir, aunque día con día afirmemos, una y otra vez, lo contrario.

Para la existencia nuestras creencias son indiferentes, pues tan solo somos para ella un efímero y anodino accidente que no tiene ninguna relevancia en su vasta extensión.

Quizás aceptar, y no reprimir, todo lo que nos hace humanos sea el primer paso hacia la auténtica evolución del ser. Y, desde luego, ello implica aceptar el hecho de que moriremos.

La mayor parte de nuestras vidas es un desperdicio; es decir, perdemos mucho tiempo en cosas absurdas y son muy pocos los momentos realmente valiosos, pero eso no es culpa de la existencia misma, sino del modo tan patético y trivial en que los humanos hemos decidido existir bajo estos esquemas de esclavitud moderna.

Quizá lo que verdaderamente nos daña es el constante pensamiento de que mañana volveremos a vivir. Lo que deberíamos hacer es considerar el día de hoy como el último y, con base en ello, comenzar un nuevo estilo de vida basado en la premisa de que, irremediablemente, moriremos; pero no solo eso, sino que ni siquiera sabemos cuándo, donde ni cómo. ¡Qué tragicomedia tan absurda es nuestra humana existencia!

Preferiría gastar mi dinero en prostitutas y no en alguien como tú, pues lo que ellas me ofrecen, a diferencia de lo que tú me ofreces, al menos sí es

real.

¿Por qué al ser le cuesta tanto aceptar que su único motivo para seguir existiendo es fornicar? ¡Fornicar todo el tiempo! ¡Fornicar con todos y todas! ¡Fornicar de todos los modos posibles! ¡Fornicar incluso dormido! ¡Fornicar hasta olvidarse de lo miserable que es existir!

Y, sin embargo, pese a todo lo que se diga sobre la humanidad y sus diversas formas de pensamiento o expresión, tan solo se trata de una raza de monos parlantes esclavos del sexo y el dinero. Tan solo eso, ni más ni menos, es la humanidad.

Otro capítulo más que se esfumaba en mi deplorable camino por esta sinuosa senda que era la vida, otra vez sumido en el abismo de estas elucubraciones superfluas y sin poder contener ya los deseos suicidas que cada noche se apoderan de mi mente.

Nada más absurdo que charlar con alguien cuyo principal argumento es este: “porque lo dice la biblia...”

¡Qué iluso creer esa trillada frase que dice que “todo estará bien”! ¡Claro que no! ¡Nada está ni estará bien! ¡Principalmente mientras sigamos vivos!

Si tan solo tuviéramos tiempo para vivir, y no solo para sobrevivir, quizá valdría un poco la pena esta absurda experiencia terrenal.

¿Acaso no era completamente normal enloquecer si se pasaba más tiempo del debido en esta execrable realidad? Bueno, supongo que los del

manicomio no pensaban lo mismo. Aunque conservo todavía la esperanza de que me dejen en libertad algún día, pues juro que estaba psicótico y no era yo mismo cuando a mi esposa e hijos asesiné.

Incluso en la existencia misma está implícita su principal característica: el sinsentido. Pero ahí va el mono parlante, en su incesante necesidad de justificar su miseria e intentar llenar su vacío. Ahí va el ser, como un completo imbécil, a adjudicarle cualquier clase de sentido a una existencia que no solo no lo tiene, sino que nunca podrá tenerlo.

En el fondo, no existe nada más masoquista que la existencia humana, pues consiste mayormente de puro sufrimiento, infinita miseria y una incuantificable agonía.

V

Lo curioso es que, ciertamente, podríamos decir que todos somos masoquistas, pues continuamos en esta vida horrible plagada de miseria y crueldad, y todo sin sentido alguno.

Quizá la mejor (y única) forma de demostrar nuestra supuesta racionalidad frente a una existencia tan jodidamente execrable y tortuosa como esta sea tan solo matándonos.

No cabe duda de que somos muy tontos al creer que permanecer en este mundo vale la pena o al creer que la vida es bella. Pero más tonto que esto

es creer que, de alguna manera, somos especiales; eso sí que rebasa todas las fronteras de cualquier tipo de estúpida esquizofrenia.

Pensaba que las personas eran estúpidas, lo que no tenía en cuenta era que tal cualidad siempre podía mutar en formas cada vez más sofisticadas.

El ser es irracional, de eso ya no tengo ninguna duda. Pues, ciertamente, ¿qué clase de criatura racional preferiría esta patética existencia por encima de la sublime inexistencia?

Para conocerse a uno mismo de verdad es menester primero dejar de ser lo que hemos creados que somos hasta ahora.

La única forma de evitar que el ser que amamos nos engañe es privándolo de la vida.

Pensaba que nos amábamos mutuamente cada día más, pero estaba equivocado. La realidad era que, entre más yo la amaba, más se amaba a ella misma y nada más.

Tal vez era la maldad nuestra verdadera esencia, aquello que realmente nos definía en el fondo. Y es que la mayor parte de la humanidad es así: niega y rechaza aquello que en el interior más anhela: hacer el mal.

La auténtica incongruencia no es saber quién es uno mismo, sino precisamente lo opuesto: creer que sabemos quiénes somos en verdad.

No sé cómo pasó, pero te dejé de amar y, cuando eso pasó, aquellos deseos amorosos se metamorfosearon en los más incontenibles deseos de asesinarte tras haberte provocado un incuantificable dolor físico, espiritual y mental.

Era hasta tragicómico observar cómo las personas estaban tan asquerosamente satisfechas de ser estúpidas y banales. Era como si eso mismo precisamente las alentara a proseguir con su absurdo parloteo y su nefando andar.

¡Qué necio es el ser! Se aferra con ridículo ahínco a su patética existencia y, encima de eso, tiene el vil atrevimiento de reproducirse. ¿Puede siquiera concebirse que una tontería de tal magnitud sea incluso promovida y condecorada? No cabe duda de que esta raza de monos parlantes merece una sola cosa: la extinción.

Llega un punto donde odia a la humanidad es incluso natural e indispensable, pues, si esto no se lleva a cabo, no queda de otra sino matarse. Es decir, cuando se descubre la verdad sobre esta existencia putrefacta, solo quedan dos opciones: matar o matarse.

El asesino existencial es aquel que mata como una catarsis a su condición suicida. Porque para él la muerte es la salvación y la vida algo que debe ser destruido. Así, en su fracaso suicida, no tiene otra opción sino proporcionar a otros lo que no puede proporcionarse a sí mismo.

¡Cuán nauseabundas son las criaturas humanas! ¡Cuán insustancial es su estúpida civilización! ¡Cuán desagradables son sus miserables y supuestos logros! ¡Cuán patéticos sus mundanos intentos por obtener grandeza! Y ¡cuán humano es el ser para sentirse a gusto en una existencia donde él mismo es su propio castigo!

¿Por qué debería de importarme continuar en una existencia que, para empezar, no recuerdo nunca haber solicitado? Y ¿por qué no entregarme al encanto suicida si es la única manera que conozco de poner fin a esta absurda pesadilla?

La locura era tan solo un mecanismo de defensa de nuestra psicótica mente cuando se descubría la verdad y resultaba imposible continuar en esta pseudorealidad, cuando resultaba imposible suicidarse...

No me arrepiento de nada en esta vida salvo de una sola cosa: de haber vivido.

La única culpa que siento es la que experimento cada mañana hacia la muerte por no haberme entregado a sus encantos todavía.

Todos nuestros tormentos al fin cesarán, la absurda maquinaria humana al fin sucumbirá y de su inefable extinción surgirá un arcoíris que purificará este mundo con el canto de cientos de ángeles endemoniados cuya voz hará retumbar el firmamento. Entonces y solo entonces podremos estar seguros de que la realidad se mostrará en su forma más pura y sublime, aunque lamentablemente nuestra especie deberá ser sacrificada para ello.

El único pecado que comete el ser es el de existir y su única condena será la de no suicidarse.

Para ser uno mismo, primero se debe dejar de ser uno más. Y esto, lamentablemente, es algo que la mayoría de los tontos humanos jamás entenderán.

Quizá lo mejor sea nunca darse cuenta de la verdad y ser una marioneta más de carne y hueso que existe absurdamente y se siente feliz en su infinita miseria.

Un día más que debía vivir en este mundo ominoso y realizar las mismas estúpidas acciones que el anterior. La agonía, la desesperación y el hartazgo ya jamás se iban, sino que se incrementaban al punto en que cada acto se tornaba sumamente difícil. Pero, mientras no me atreviera a cruzar el divino umbral de la muerte, debía seguir buscando formas de evadir la realidad en esta estúpida pesadilla existencial de la que era casi imposible despertar.

Y, de entre todo el blasfemo conglomerado de absurdas contradicciones, sin duda alguna la más sobresaliente y misteriosa es la siguiente: ¿por qué debía existir un mundo tan horrible como este habitado por seres tan estúpidos y ridículos como nosotros?

Odiar a la humanidad, especialmente la propia, es el primer paso para poder amarse a uno mismo.

Mientras sigamos creyendo que este mundo es un lugar adecuado para vivir y que esta existencia tiene algún maldito sentido, continuaremos irremediablemente divagando en el sinsentido más abismal.

No sentía ni un ápice de tristeza por aquellos que se suicidaban, sino todo lo contrario: sentía una profunda lástima por aquellos que continuaban viviendo, especialmente por mí.

La vida no es algo que debamos vivir, sino todo lo opuesto: es algo que debemos extinguir.

El día que se consiga la vida eterna, se conseguirá también la inmortalidad de la estupidez en su forma más elevada.

La existencia, sin importar cuantos autoengaños nos hagamos ni cuantos delirios nos inventemos para imaginar que tiene un sentido, jamás dejará de ser una absurda estupidez.

La muerte, ciertamente, nos demuestra que todo lo que hicimos, pensamos y experimentamos en vida no sirvió de absolutamente nada.

Nunca preocuparse por nada ni por nadie salvo por uno mismo. Acaso esta sea la máxima que nos puede brindar lo más cercano a una supuesta felicidad.

VI

En este mundo, entre más egoísta y maquiavélica es una persona, más se multiplican sus probabilidades de éxito.

Tantas razones para matarse y, pese a todas ellas, decidimos seguir aquí, infestados de una vida que odiamos y atrapados en un cuerpo que aborrecemos.

Hay individuos tan estúpidos y molestos que es inevitable preguntarse: ¿cómo es que se sus amigos y familiares los soportan? Más aún: ¿cómo es que ellos mismos se soportan?

Por supuesto que la existencia no es para nada perfecta, tan solo basta vernos a nosotros mismos en conjunto; es decir, a la humanidad, para darnos cuenta de que esta concepción vociferada por tantos palurdos carece de toda razón.

La existencia de algo tan nauseabundo y patético como la raza humana no podría simbolizar otra cosa sino la prueba irrefutable de que no existe ninguna entidad divina; y, si lo hace, es un completo imbécil.

A como están las cosas, suicidarse ya no es tanto una tragedia, sino una necesidad.

No importa si se vive mucho o poco, al final lo único que nos llevaremos de este absurdo viaje es tan solo un sufrimiento innecesario. Por eso, lo mejor es, joven o viejo, quitarse la vida.

Quien no se suicida no solo falla en su patético intento de morir, sino también en el de vivir.

El día que nos demos cuenta de que nuestra verdadera naturaleza es brutalmente malvada y vil, tal vez comenzaremos a considerar a la muerte como lo que es: la única catarsis posible del ser.

Aquel que está o se siente seguro de algo en cualquier ámbito de la vida, ignora la auténtica naturaleza de esta existencia: la incertidumbre. Y, por lo tanto, no puede ser sino un tonto esclavo de su propia estrechez mental.

*

Las posibilidades son infinitas, pero nuestra esencia es estúpidamente limitada. Tristemente, intuyo que los secretos de la existencia, la realidad y el universo jamás serán revelados a criaturas tan lamentables y mundanas como nosotros.

¿De qué sirve aprender cosas, analizar teorías científicas, leer tantos libros, practicar tantas virtudes, amar con tanto ahínco, odiar con tanta intensidad, volverse más sabio o permanecer ignorante, escribir poesía o filosofía, ser bueno o malo, o incluso matar o matarme? ¿De qué sirve todo esto si al final seguiré siendo humano y moriré así?

Nacer siendo humano y morir en la misma condición... Tal es el umbral que jamás podremos superar y el que impide cualquier evolución o sentido.

La única certeza que tenemos en la vida, además de la muerte, es que no tenemos certeza de nada.

Así como las moscas, molestas y nauseabundas, se aferran al excremento, de igual forma las personas se aferran gustosamente a su execrable existencia.

El amor que te di era el que debía haberme dado a mí mismo, pero, por suerte, remedí tal error quitándote la vida.

Tan solo la locura o la banalidad nos esperan ponzoñosamente tras haber fallado en suicidarnos y vernos obligados a existir en esta pestilente realidad.

Por supuesto que las personas a nuestro alrededor no son iguales a nosotros. ¿Cómo podrían serlo? Son inferiores, desde luego, y merecen ser tratadas como tal.

Jamás debemos tratar a nadie como nuestro igual, pues eso ofendería en demasía nuestro ego. Por si cabe la duda, obviamente debemos tratar a todos como inferiores.

Solamente vale la pena entablar algún tipo de relación (afectiva, amorosa, laboral, etc.) con alguien que nos sea útil y nos reporte algún beneficio ahora o en el futuro. De otro modo, es preferible desechar de inmediato esa relación y permanecer en soledad.

Odia a la humanidad entera por ser una raza tan patética, odia a tus semejantes por ser tan estúpidos, odia a tu familia por haberte traído a este mundo nauseabundo y haberte adoctrinado, ódiate a ti mismo por no suicidarte y prolongar tu asquerosa vida y, finalmente, ódiate a mí por ser tan brutalmente humano. Deja que el odio te consuma, que se apodere de tu ser y que libere tu sombra, pues tan solo así conseguirás la auténtica libertad.

El ojo que todo lo ve no excluye ningún tipo de materia, tan solo espera ansiosamente la oportunidad perfecta para consumir nuestra esencia mediante el miedo.

Aún en los supuestos momentos felices de mi blasfema existencia, jamás consideré a la vida como algo bello ni algo que debería seguir haciendo. Tal concepción sería inadecuada, pues tan solo estaría matizando la infinita cantidad de sufrimiento y miseria diaria con efímeros y ocasionales simulacros de felicidad.

La pequeña cantidad de cosas buenas y hermosas que supuestamente tiene la humanidad ni siquiera podrían compararse un poco con la incuantificable cantidad de cosas malas y horribles que posee al mismo tiempo. De lo que se deduce, por simple matemática, que la humanidad no es algo que deba seguir existiendo, ni siquiera algo que debió haber existido.

Las personas intentarán justificar el sinsentido de sus vidas con cualquier cosa: familia, hijos, padres, dinero, sexo, trabajo, estudio, ciencia, poesía, filosofía, literatura, arte, música, televisión, entretenimiento, drogas, alcohol, comida, etc. Al final, esto es totalmente natural y hasta necesario, pero no por ello deja de ser una patética mentira que nos hemos repetido constantemente para evadir la cruda realidad: no hay razones para existir.

Tan solo la muerte era real, pero el ser no estaba aún preparado para ello y, por eso, prefería continuar en su absurdo e innecesario andar, esparciendo su miseria y experimentándola al mismo tiempo, pretendiendo que sus actos significaban algo, inventando deidades que justificaran su maltrecha esencia y, encima de todo, reproduciéndose estúpidamente sin sospechar que tan solo estaba alimentando a la pseudorealidad/matrix con más títeres.

Entonces aquel sujeto me dijo mientras yacía al borde de la muerte en la cama de aquel hospital: "Hijo, confíesame tus pecados". Pero yo le respondí: "Padre, tan solo tengo un pecado: no haberme suicidado". Y él respondió: "¡Arderás en el infierno ante tal sacrilegio!"

Demasiado harto para continuar en esta putrefacta realidad, demasiado indiferente para intentar cosas nuevas, demasiado cansado para pretender un cambio y demasiado suicida como para volver a creer en esas estupideces de la gente común que dice que todo tiene un sentido.

¿No era acaso todo esto solo un vil y miserable engaño? ¿No era esta realidad tan solo una nefanda simulación de nuestra mente? Y ¿qué era el ser? ¿Qué era la existencia? ¿Para qué vivir? Tan solo la incertidumbre reinaba en mi alma, aunada a una insana desesperación existencial que suplicaba por desaparecer cuanto antes y jamás volver a experimentar tan abundante extensión de agonía, miseria y hartazgo.

Y ahí va el ignorante mono, en su imperante estupidez, a fornicar como un animal y sembrar su repugnante semilla en el vientre de otra ignorante. Y ahí van los dos criminales, caminando felizmente y escupiéndose mentiras mutuamente, sin sospechar jamás del delito sin nombre que han cometido, sin percatarse de que procrear es la más lamentable de todas las tragicomedias humanas.

Pareciera que algunos individuos no pueden realmente cerrar el hocico por ningún motivo. Y, entre más estúpida es su infame verborrea, más se regocijan en continuar ofendiendo al silencio que los mira con infinito desprecio desde su guarida, tan solo susurrando a la muerte que se apresure en su tarea de silenciar para siempre a tan execrables criaturas.

Ahora entiendo por qué la humanidad es patética y absurda, y es porque tal es su más intrínseca naturaleza. No podemos esperar otra cosa de una raza tan repelente que, a lo largo de toda su abyecta historia, no ha hecho más que cometer una tontería tras otra.

Vivimos en mundo absurdo donde existen personas tan ilusas que creen conocer a otras cuando ni siquiera se conocen a ellas mismas.

VII

*

¡Cuántos tontos se engañan creyendo que esta ominosa vida tiene algún sentido o que hay algo más que sufrimiento, aburrimiento y desdicha! Pero dejemos que, al morir, la nada purifique su infinita ignorancia.

No importa cuán espiritual el humano intente ser, al final terminará siendo, de una manera u otra, esclavo de sus abyectos impulsos y prisionero de su ominosa sombra.

No existe nada por cumplir o saldar en esta existencia, tampoco ningún karma ni reencarnaciones. No hay nada qué hacer, decir, lograr o ser. No tenemos ninguna tarea aquí ni tampoco nada por trabajar. No existe ninguna evolución ni mucho menos iluminación. Todo esto y más son solo quimeras que el ser se ha inventado para matizar su imperante absurdo. Lo único que hay es tan solo una cantidad incuantificable de sufrimiento innecesario y luego, al fin, un divino suceso llamado muerte sin el cual nuestra vida sería, si cabe la posibilidad, todavía más patética y trivial.

No existen razones para vivir, pero sí millones para morir. La cuestión es: ¿por qué nos cuesta tanto aceptar esto? ¿Por qué no podemos aceptar la posibilidad de que nuestra existencia no tenga el más mínimo sentido? Acaso esta necesidad de sentido sea tan profunda en nuestra mente o esté tatuada en nuestro ADN, pero lo cierto es que, sin importar cuánto

intentemos, al final todo lo que digamos o hagamos sucumbirá ante la dulce esencia de la muerte. Siendo así, ¿para qué aferrarse a algo que sabemos se disolverá en cualquier momento? ¿Para qué vivir si vamos a morir? La carencia de lógica es más que evidente.

¿Dónde está el tiempo para vivir si todo nuestro tiempo lo empleamos tan solo en sobrevivir?

Una vez que te das cuenta de que todo este mundo es una mera estupidez y de que los seres que lo habitan son patéticos y absurdos, ya no habrá vuelta atrás y tan solo restará una cosa por hacer: quitarte la vida.

Lo curioso era cuestionarse que, si nada tenía sentido, entonces incluso el sinsentido tampoco lo tenía. Y ni hablar del sinsentido humano, pues ese era el mayor de todos los sinsentidos.

La humanidad es tan solo un reflejo de lo que es la existencia en general: sin razón de ser.

Incluso algunos tipos de basura son reciclables, pero la humanidad ni a eso llega.

El mundo es un mal negocio y nosotros somos tan solo los miserables peones exprimidos durante las negociaciones más sombrías para luego ser desechados una vez que el trato se ha cerrado.

Cada vez que abro los ojos por la mañana, experimento una profunda tristeza por no haber muerto mientras dormía. Tal es mi estado todos los días y tal es la profunda agonía que impera en mi vomitiva existencia.

A veces pasa que, estando en un estado normal (no bien, solo normal), de pronto llega a nosotros una intensa descarga de depresión y hartazgo que nos sumergen en un colapso mental difícil de explicar y que nos sugieren, como susurros de ángeles al oído, abandonar esta cochina realidad y este lamentable cuerpo tan pronto como sea posible.

El ser es demasiado necio e, incluso si se le demostrara contundentemente que no vale la pena vivir y que sufrirá, aun así, elegiría vivir. ¿Cómo explicar tan ridículo comportamiento si no es con la más sórdida y aberrante estupidez?

Pobres humanos, tal vez ni siquiera ellos mismos puedan darse cuenta de su miseria ni de cómo son usados para alimentar la pseudorealidad/matrix. ¿Qué se le va a hacer? Al final, todas las vidas son solo un infame desperdicio, un gasto innecesario de energía y materia, una absoluta blasfemia.

El ser es el esclavo perfecto, pues jamás se podrá percatar de que ha nacido y morirá en una prisión existencial que su nimio intelecto no le permitirá nunca atisbar.

Tal vez la dominante sensación de vacío que experimentamos diariamente en esta estúpida realidad sea solo nuestra alma o espíritu intentando ser libre y sugiriéndonos el suicidio como la única manera de poner fin a esta vida de ignominia absoluta.

Sin duda alguna, la mejor manera de intentar no ser tan humano es alejarse de esta especie lo más lejos posible y buscar consuelo en la sibilina esencia de la soledad para luego entregarnos sin más dilación a nuestro destino: la muerte.

Y, cuando pensaba que la humanidad ya había alcanzado su máximo grado de estupidez y ruindad, me di cuenta de que estaba muy equivocado. En realidad, deseaba estar en lo correcto, pero claro que no, porque esta raza tan repugnante siempre ideaba nuevas formas de demostrar cuán estúpida, patética y vil podía llegar a ser.

Tú rompiste mi corazón, pero yo te quité la vida. Creo que, al final, quedamos a mano.

No era solo que la vida no tuviera sentido alguno, era que cada aspecto en ella era tremendamente insoportable; era como si tan solo tuviéramos que vivir para sufrir y nada más, pues incluso las supuestas cosas buenas se tornaban tan ridículamente efímeras y, después de un tiempo, aburridas. Tal vez, en el fondo, ese era mi problema: estaba jodidamente aburrido de todo, incluso de mí.

El suicidio, a como están las cosas actualmente, no es tanto una tragedia, sino una necesidad.

No importa en qué creas o lo que sea que te hayan dicho hasta ahora sobre la realidad, la existencia y demás, pues ten la certeza de que absolutamente todo es tan solo una patética y ominosa mentira para mantenerte vivo; dicho de otra manera, para alimentar a la pseudorealidad/matrix hasta tu indispensable hora de muerte.

¿En qué clase de quimera el ser humano es una criatura hermosa, perfecta y racional? Creo que, indudablemente, nos hemos autoengañado hasta ahora con tales cuentos, pues resulta evidente que la humanidad es horrible, imperfecta y estúpida, y que debe ser exterminada cuanto antes.

El amor es solo una quimera producto del sinsentido que impera en la humanidad y la intrínseca necesidad de justificar un hecho tan absurdo como la reproducción de esta infame especie.

El amor solo destruye y tortura, marchita toda esperanza y carcome los corazones. Y, sinceramente, el único amor que existe es tan solo el desamor; dicho de otro modo, el suicidio del alma.

Todos somos, de un modo u otro, ignorantes; el problema es que algunos insensatos abusan de tal condición a tal grado que esta pareciera ser su insignia en la vida; de hecho, creo que lo es.

Algunas personas mienten para parecer interesantes, pero el problema es que ni siquiera sus mentiras resultan interesantes.

No sabía qué diablos era el amor, y la verdad ni siquiera me importaba, lo único que sabía era que yo te amaba.

Este mundo absurdo no debe ser cambiado; además de que ni siquiera es algo que realmente pueda lograrse debido a la gran cantidad de intereses ocultos que se esconden en las sombras. No, el cambio no es ya una opción. Más bien, debe ser eliminado por completo para que la purificación sea real. Y entonces surgirá un nuevo mundo que será casi como un paraíso, pero donde la humanidad por ningún motivo deberá existir.

Cada vez todo me parecía más estúpido y patético: las personas, los lugares, las canciones, las películas, las series, las caminatas, los deportes, los paisajes, los poemas, las teorías, los libros, etc. Y así fue

como llegué a asquearme de todo, especialmente de mi existencia. Lo único que me mantenía aquí, en esta horrible realidad, era un miedo insano, pero no a la muerte, sino a la vida, especialmente a la eterna; es decir, a volver vivir después de haberme suicidado.

Las redes sociales tiene un inmenso éxito debido a que, en ellas, las personas pueden mostrar abiertamente cuán estúpidas, miserables y nauseabundas pueden llegar a ser sus mentes. Y no solo eso, sino que competirán magistralmente para ver quién sobresale en tales conceptos.

No importa la lucha que creamos estar peleando ni los autoengaños que nos digamos diariamente con el fútil pretexto de un posible sentido para seguir viviendo. Al final, la muerte llegará y nos restregará en la cara lo absurdo de cada mundano propósito que tuvimos durante nuestra miserable vida.

Y, cuando creía que todo estaba perdido, había algo que, extrañamente, me proporcionada una momentánea esperanza y una sensación de alivio casi inexplicable. Ese algo no era otra cosa sino la firme e inevitable idea de que, sin importar lo que pasara, yo iba a morir. Ya fuese hoy, mañana, en días, semanas, meses o años... ¡No importaba, iba a morir! Y justamente esta sentencia era el mejor calmante a una existencia plagada de sufrimiento y desilusión como la humana.

VIII

Nada de lo que hagamos será recordado, nadie nos recordará en un tiempo. Nuestra existencia es sumamente efímera y banal como para tener algún sentido o propósito elevado. La nada, acaso, es lo único que nos espera. Pues ¿podría ser de otro modo? ¿Cómo podría esperarse que nuestra muerte fuera un suceso divino si nuestra vida ha sido solo un accidente producto de una vil unión carnal?

El suicidio... ¡Divino consuelo de los corazones afligidos! ¡Última esperanza de los poetas dementes! ¡Catarsis de los demonios expulsados! ¡Bello amanecer en el mundo de los sueños! ¿Cómo no suicidarme si todo por lo que he vivido es eso precisamente? ¡Cómo no me di cuenta antes de que ese, de hecho, era mi sentido de vida: quitarme la vida!

No cabe duda de que, si existiera alguna entidad divina creadora de la humanidad, afirmaría con toda seguridad que su creación ha sido un absoluto fracaso.

¿Por qué debería amar a mis semejantes e, incluso a mí mismo, si encuentro en lo humano todo lo que es digno de desprecio, injuria, sacrilegio, vómito, repugnancia y exterminio? ¿Cómo podría amar a una criatura que, tal parece, hubiese sido hecha tan solo para odiarse?

La realidad es que este mundo, la humanidad y el ser no tienen ninguna razón para existir. A lo más, todo debe ser solamente el desvarío de algún dios con severos problemas mentales.

Nos hallamos en una existencia de la que no sabemos nada, pero de la cual inventamos cualquier bagatela con el fin de justificarlo todo.

El suicidio no es una rendición de nada. Puede ser considerado como cualquier cosa, menos como rendición. Pues, ¿de qué lo sería? Si en esta vida no hay nada por qué luchar y, por consiguiente, nada a qué renunciar. El que se suicida no renuncia, simplemente apela a la lógica para abandonar un estado que le produce profundo hartazgo, desesperación y aburrimiento. Suicidarse jamás es rendirse, sino salvarse: de la vida, de la muerte y de uno mismo también.

Realmente nunca podemos confiar en nadie, tan solo podemos autoengañarnos lo suficientemente bien como para pretender que no seremos engañados por alguien más. Es decir, nos engañamos a nosotros mismos para no aceptar que seremos engañados por otros.

Por supuesto que todas las religiones tienen algo en común: todas son solo una estúpida y vil mentira para adoctrinar a las masas.

Claro que la raza humana es una raza débil y patética, por eso requiere en todo momento algo en qué creer, un dios al cual idolatrar, un ídolo ante el cual inclinarse y, en última instancia, algo que le brinde una falsa esperanza. Y este dios no precisamente debe ser religioso, puede ser de cualquier ámbito: científico, político, económico, material, filosófico, etc. Lo importante no es en sí la deidad, sino lo que implica en la mente de su adorador: una falsa razón para seguir existiendo.

Quizá ya no la amaba como antes ni ella a mí, pero no podía permitir que ella amara a alguien más de la manera en que una vez me amó. Fue así como, en mis obsesivos delirios, la acuchillé una y otra vez aquella noche psicótica. Y todo solo para asegurarme de que me amaría por la eternidad solo a mí.

En realidad, la vida es solo una constante de sufrimiento y/o aburrimiento. Siempre estaremos columpiándonos entre estos dos estados predominantes. Sí, desde luego que habrá muchos otros, pero su convergencia será inexorablemente alguno de estos dos.

En última instancia, si la existencia no ha sido hecha para el ser, ¿por qué este debería permanecer en ella? Es decir, si solo se existe para sentir dolor, ¿por qué no dejar de hacerlo? ¿Es tan grande nuestra estolidez que no nos permite vislumbrar que el suicidio es nuestra única salvación?

Dentro de toda la porquería que abunda en esta repugnante existencia, debemos dar las gracias porque exista algo tan magnífico como el suicidio.

Si no existiera la muerte, el ser sería, con toda seguridad, mucho más absurdo, estúpido y ruin de lo que ya es.

“Desde luego que la existencia carece de todo sentido, solamente un loco pensaría lo opuesto.” Fue lo que explayé mientras aquella caterva de tontos a mi alrededor me decían loco...

El presente es todo lo que tenemos y es, asimismo, nuestra mayor tortura. El presente se desvanece demasiado pronto, tanto que podemos decir que nunca ha existido. Esa es la auténtica paradoja existencial: la de centrarnos en algo que, de hecho, ni siquiera existe. Tal vez por eso buscamos tan desesperadamente en el pasado o en el futuro un poco de realidad, aunque los resultados sean incluso peores.

El único esfuerzo que vale la pena llevar a cabo es el que implica todo lo concerniente con el suicidio, pues cualquier otro será, de un modo u otro, vano y ridículo.

Esforzarse en esta vida tan efímera y absurda no sirve de nada. Cualquier cosa por la que nos esforcemos terminará por esfumarse demasiado pronto y cualquier meta que persigamos no nos satisfará una vez cumplida. Es decir, nuestro esfuerzo siempre implicará mucho más de lo que nuestra recompensa nos podrá conferir.

Hoy me di cuenta, aunque acaso ya lo sabía, de lo mucho que odio ser yo. Y lo malo del asunto es que ser yo es de por vida, así que tan solo me queda un último recurso por explotar: la navaja rasgando sublimemente mis venas.

Odiarse a uno mismo, odiar a la humanidad, odiar a la existencia, odiar al universo, odiar a la muerte, odiar todo sin distinción alguna... Tal es la única motivación de aquellos que, como yo, existimos por mera obligación.

La existencia es tan irrelevante que experimentarla en todo su esplendor no vale para nada la pena y tal vez ni siquiera suicidarse signifique algo.

El simple hecho de existir ya implica esclavitud y sufrimiento, así que la única manera de ser libre y tener un bienestar real es desaparecer por completo de cualquier clase de existencia sin importar plano, universo o dimensión.

Esa era precisamente mi mayor inquietud, pues sabía que era algo que no podía conseguir. Pero no dejaba de cuestionarme una y otra vez lo mismo: ¿cómo desaparecer completamente?

Quien no es capaz de ver las cosas buenas de la vida es, tal vez, un gran tonto; pero quien se niega a ver las malas es, con toda seguridad, un tonto

mil veces peor.

Lo bueno de la vida sucumbe fácilmente ante lo malo, de ahí que esta existencia sea puramente sufrimiento enmascarada de cualquier otra cosa y que constantemente nos entreguemos tan estúpidamente a aquellos fútiles simulacros de felicidad con el pretexto de un falso sentido para todo. Finalmente, el suicidio es la única felicidad permanente en una existencia plagada de injusticias y mentiras como la nuestra.

La muerte es la eterna simbolización de la paz y la inefable quietud; por el contrario, la vida es tan solo un estúpido, efímero y patético griterío cuya simple expresión es una pérdida total de tiempo y energía.

El sabor de tus besos era todo lo que requería para no suicidarme aquella noche, pero nunca apareciste y no tuve ningún otro remedio que colgarme. Pero creo que eso fue lo mejor, pues así al menos pude morir antes de que muriera por completo nuestro trágico (des) amor.

Incluso si me quitaras la vida, no solo no te culparía ni te odiaría por eso, sino todo lo contrario: te seguiría amando y, muy probablemente, te amaría todavía más que estando vivo.

Cuando se está muerto por dentro, no importan las estratagemas que se usen en el exterior para intentar traernos de vuelta a la vida, pues todas fracasarán irremediablemente. Lo mejor será, entonces, desprendernos por completo de lo único que nos impide morir de verdad: este vomitivo y humano cuerpo.

¿Quién soy? Esa es tal vez la pregunta más inquietante que nos podemos hacer en lo que concierne a nosotros mismos, aunque, al igual que con la

existencia, tristemente tampoco obtendremos resultados muy favorables. De hecho, lo más seguro es que terminemos incluso más confundidos que antes de habernos planteado tal cuestión.

Prometí amarte incluso más allá de la muerte, y es por eso por lo que hoy, tras haber reído con fervor en tu funeral, pienso unirme a ti de inmediato. ¡No hay tiempo que perder! ¡Rápido, debo hacerlo ya! Tomo la navaja y la sostengo con cierto recelo, todo mi ser se tambalea en un último alarido de autocompasión y negación... ¡Se incrusta el filo, la sangre brota abundantemente y desfallezco! Pero te sigo, sigo el sonido de tu voz y la silueta de tu alma... Te sigo hacia un mundo mejor, hacia nuevo amanecer en el más allá...

¿Cómo podías esperar que continuara sin ti? Era tan absurdo tal escenario, tan poco conveniente proseguir con una vida que siempre odié. No me culpes por haberlo hecho tan pronto, porque resistí lo más que pude. Pero todo ha terminado ya, ¿no es así? Te miro en la lejanía, atravesada por colores que no distingo ya... Sí, me maté unas semanas después de tu muerte, pero te juro que la culpa no fue de ninguno de los dos, sino tan solo del más críptico (des) amor.

IX

Quisiera tanto poder definir lo que me ocurre cuando te miro, pero no me es posible en absoluto. Tan solo quisiera que no existiera nada más entre nosotros; que ninguna fuerza, de este mundo o de otro, pudiera jamás separarnos. Quisiera que fueras tú todo mi universo y yo el tuyo, que

jamás volviéramos a nosotros por separado. Quisiera que donde terminase todo lo que es mío, comenzase inmediatamente todo lo que es tuyo. Sin espacios para nada entre los dos, ni siquiera para el amor, la eternidad o la muerte.

Podría equivocarme en todo de todas las maneras posibles, pero jamás me equivocaría en algo: en haberte amado con todo mi corazón, aunque al final te haya(s) matado por eso mismo.

La oscuridad es demasiado fuerte, el odio crece sin cesar y los deseos de matar(me) son todo lo que me queda ya en mi divagante y absurda existencia. Solía pensar que tú calmabas mi psicosis, pero creo que era justo lo contrario: tu amor liberó mi sombra y tu muerte la consagrará en la cúspide del fénix alado.

Sí, es cierto: tal vez yo esté equivocado; pero ellos, te lo juro, no saben nada.

La poca cordura que me quedaba se sostenía de una tenue línea cuya fortaleza se derrumbó el sombrío día en que tu suicidio se consumó. Desde entonces, la locura me atormenta y me instiga a cometer toda clase de siniestros actos con el único fin de apaciguar por unos momentos el imperante dolor que tu muerte tatuó en mi alma homicida.

Cuando un ser llega a la vejez, vuelve a ser como un niño en todos los aspectos, especialmente en su recalcitrante ignorancia.

Todas las vidas son un desperdicio, ninguna es especial ni valiosa. Por eso, lo mejor sería habernos ahorrado todo este martirio existencial y no haber existido jamás.

No solo la humanidad es patética, miserable y estúpida, sino que encima de todo eso tiene el atrevimiento de ser malvada. ¿Puede haber razón más evidente que esta para deducir que la extinción de una raza tal es más que necesaria? ¿Quiénes se opondrían si no los mismos miembros de tal aberración? Pero ¿qué hay de todo lo no humano? Si los animales, las plantas y objetos pudieran hablar, ¿no resulta obvio que odiarían a la humanidad y estarían sumamente agradecidos de su más que pertinente extinción?

Solo los humanos creen que la humanidad debe seguir existiendo, pero, más allá de eso, no existe ningún punto de comparación para dictar un veredicto. De hecho, es un tanto cómico e ilógico, pero también natural que sea así, pues el humano, sin importar cuan vomitivo y ruin pueda llegar a ser, preferirá continuar existiendo miserablemente antes que aceptar su indispensable aniquilación total.

El verdadero asesino, aquel que aspire al nivel de homicida sublime, no debe centrarse en la destrucción física/corporal de su víctima. Y que no se malinterprete esto, desde luego que lo físico/corporal debe pulverizarse por completo. No obstante, previo a esto y mucho más importante resulta la destrucción psicológica y, si cabe el término, espiritual de la víctima. Solo después de haber demolido por completo estos últimos, entonces sí se procede, como cereza del pastel, con la destrucción absoluta de lo físico/corporal.

No cabe duda de que uno de los mayores placeres, por cierto, muy pocos en esta funesta existencia, es el producido por la desdicha y el sufrimiento ajeno. Aunque tristemente el ser, en su infinita hipocresía e ignorancia, jamás aceptará esto como no acepta el sinsentido de su patético andar.

La soledad, y posteriormente la muerte, son acaso los estados donde el ser más se conoce a sí mismo y, por ende, los más evitados por la gran mayoría.

Es natural que la soledad y la muerte sean los estados que más buscan evadir las personas. De ahí que la mayoría busque desesperadamente estar rodeado de otros ingenuos que llamará amigos o de alguna absurda pareja amorosa. Además, como es obvio, buscará a toda costa pensar en ella y se aferrará a su patética vida entre los rebaños. Al final, son solo mecanismos de defensa, pues el ser siempre buscará evitar conocerse a sí mismo.

Toda actividad que se deba realizar cotidianamente es una tarea que, con toda seguridad, no vale la pena realizar.

Siempre será más fácil pretender que conocemos a otros y no intentar conocernos a nosotros mismos, de ahí que la gran mayoría de personas se pase el tiempo hablando y juzgando la vida de otros que la propia.

La única manera en que tenemos una mínima esperanza de empezar a comprender lo que es la vida es mediante la muerte, de ahí que vivir carezca de todo sentido, pues, sin importar cuanto se viva, jamás se tendrá certeza del sentido de tal acto.

Es indiferente si se existe mucho o poco, lo que no se puede negar ni cambiar es que existir siempre será un fastidio.

¿Qué es el amor propio sino el susurro del alma en su forma más pura pidiéndonos que la dejemos ya abandonar este nauseabundo traje de

carne y huesos que no es sino una tortuosa prisión dentro de otra más grande llamada realidad?

La onírica puerta que conduce a la última verdad del ser es la muerte, y la llave, desde luego, es el suicidio sublime.

Ser uno mismo, mientras se está con vida, es algo prácticamente imposible. En especial si consideramos que, entre más vivimos, más nos alejamos de nuestra verdadera esencia.

En verdad no podía comprender que se me atribuyera locura por parte de un conjunto de seres que, para mí, estaban completamente locos. Hablo de esas personas que se dicen sanas tan solo por querer vivir y pensar que todo tiene un sentido, ¿puede concebirse mayor grado de estúpida locura que esto?

Buscamos desesperadamente rodearnos de personas que, en la mayoría de las veces, no nos importan en absoluto, pero lo hacemos tan solo para evadir la soledad y, así, no tener que estar con nosotros mismos.

Siempre será preferible que otros nos soporten a soportarnos nosotros mismos, de ahí que el ser ame la compañía y odie la soledad.

Todo lo que tenga que ver con lo humano lo detesto, especialmente mi propia humanidad. Es por eso por lo que no dejo de pensar ni un momento en el glorioso encanto suicida que tanto añoro y que tan mágicamente me embriaga en mis delirios más oníricos.

¿Qué es la historia de la humanidad sino una execrable tragicomedia repleta de absurdas contradicciones, guerras estúpidas, descubrimientos ocasionales y patéticos intentos de superioridad? Pero, sobre todo, desesperados arañazos por evitar lo inevitable: la muerte, el olvido y la nada.

Siempre debemos procurar tratar mal a nuestros semejantes, pues nunca se sabe qué clase de cosas malévolas estén maquinando en nuestra contra.

No importa a donde vayamos ni con quien estemos, pues, una vez que la desesperación de existir y el hartazgo existencial extremo han surgido en nuestro interior, nada del exterior podrá apaciguar del todo tales estados; nada salvo quizá solo el suicidio.

Tal vez las cosas estaban, curiosamente, al revés: la gente optimista se suicidaba tras un solo arranque de absoluto pesimismo y la gente pesimista proseguía tras efímeros, pero continuos arranques de optimismo enmascarado.

Quien no se suicida se afirma como un masoquista de primera línea, puesto que ha preferido el sufrimiento de una existencia más que ridícula antes que la hermosa tranquilidad de la muerte.

Acaso el ser es tonto, necio o ambas cosas, pues prefiere continuar con su miserable y patética existencia, aunque no sirva de nada, antes que adelantar el suceso más bello que se puede llevar a cabo y que, de modo irremediable, terminará por llegar: su defunción.

Cuando llega la muerte es también cuando adquirimos, de pronto, plena consciencia del inmenso error que cometimos al no habernos suicidado mucho tiempo atrás, pues experimentamos como nunca el vomitivo y absurdo carácter de la existencia en su máximo esplendor, pero ya es demasiado tarde, pues la muerte ha venido a nosotros y no lo contrario. ¡Vaya desgracia y tiempo perdido!

La vida, en su definición más pura, no es más que un efímero conjunto de sucesos absurdos y contradictorios cuya intrascendencia hace que el simple hecho de llevar a cabo este acto carezca de cualquier propósito.

Por supuesto que no se nos da a elegir si queremos o no venir a este mundo infame, es un hecho que somos obligados a existir en él. Pues, ¡con un demonio!, ¿qué clase de ser racional y en su sano juicio cometería tan obsceno error? ¿Qué clase de criatura, por muy estúpida que fuera, elegiría experimentar tan recalcitrante y absurdo sufrimiento en esta prisión existencial que tan real nos parece siendo tan solo una completa y vil mentira?

X

La principal característica de esta realidad es su irrealdad, pero esto es algo que no queremos aceptar porque tememos que pueda pasar si nos atrevemos a desprendernos de ella y cruzar el divino umbral de la inexistencia.

No solo no nos conocemos a nosotros mismos, sino que ni siquiera nos interesa hacerlo. Por eso, nos pasamos la vida buscando cualquier entretenimiento vulgar o compañía insulsa que nos sirva como distractor. Buscamos cualquier pretexto que nos haga olvidar el sinsentido de nuestros días para omitir así, mediante agentes externos, que la verdadera búsqueda está siempre en nuestro interior.

A veces, cuando tu reflejo me visitaba por un efímero periodo, creía tener el valor de tomar la navaja e incrustarla en mis venas para poder unirme contigo en el más allá. Sin embargo, fracasaba noche tras noche, pues mi mayor temor era morir y que tu lejano reflejo desapareciera para siempre.

El único requisito realmente indispensable para vivir es ser un tonto. Si esto se cumple, sin importar cuán horrible o absurda se torne nuestra existencia, siempre hallaremos con qué consolarnos para imaginar que la vida es bella, aunque en realidad sea todo lo contrario.

No me interesaba en absoluto ser comprendido por las personas; es decir, ¿por qué me interesaría la comprensión de seres a los que no me interesaba comprender? Es más, ni siquiera me interesaba su absurda vida, su repugnante esencia ni mucho menos su patética existencia.

De nada sirve tener ganas de vivir, puesto que la vida misma se encargara de quitárnoslas.

Tal vez todo el odio que proyectamos no sea sino el más triste reflejo de todo el amor que deseábamos recibir.

El miedo a morir es natural, lo que de ninguna manera podría serlo es el aferramiento a esta vida ilusoria, que es precisamente la más infame

condición del ser.

Incluso quizá la muerte sea algo demasiado bueno para una criatura tan patética y absurda como el ser humano.

La existencia del ser es tan solo una equivocación, de eso me cabe la menor duda. Ahora lo intrigante es llevar este nauseabundo error a su indispensable final antes de que sea demasiado tarde, si no es que ya lo es.

Somos traídos a este execrable mundo ahído de maldad, avaricia y crueldad sin nuestra opinión. Luego, conforme pasan los años absurdamente, nos llenan la cabeza con creencias estúpidas y nos adoctrinan para aceptar nuestra miseria sin importar qué. Entre otras tantas tonterías, escucharemos cosas como “la vida es hermosa”, “todo tiene un sentido”, “dios sabe por qué hace las cosas” y muchas más. Entonces el ciclo comienza para la mayoría: estudiar, trabajar, reproducirse y, sin el más mínimo sentido, morir tal como vivimos.

Sin embargo, antes de morir, sí que habrá, de un modo u otro, sufrimiento y aburrimiento. La cantidad de cosas malas que experimentaremos siempre superarán a las buenas, de ahí que esta existencia no valga la pena en absoluto. Finalmente, se presenta la muerte como un consuelo algo tardío si es que no fuimos afortunados para suicidarnos. Así, retornamos a la nada de donde jamás debimos haber salido.

Mucho más importante que pensar en lo que haremos con nuestras vidas, es el pensar cuándo nos quitaremos al fin la vida.

Las supersticiones de las personas y la absurda necedad con la que se aferran a ellas son la prueba más fehaciente de la ignorancia y estolidez que imperan en la humanidad.

Debemos agradecer siempre un día más de vida, puesto que es una nueva oportunidad de suicidarnos.

Tener un hijo es como defecar en un excusado al que no le cabe ya ni un pedazo de mierda más.

La mayoría de las personas no merecen ser comprendidas, escuchadas y ni siquiera vistas por nosotros, puesto que son tan patéticas, ignorantes y absurdas que destinarles el más mínimo ápice de nuestra atención sería una absoluta pérdida de tiempo.

No solo desde ninguna perspectiva la humanidad es algo deseable, sino que desde todas es algo digno de exterminarse.

Aquel que gusta de existir y de hacer existir a otros no solo está en un repugnante error, sino que hace relucir en todo su esplendor su recalcitrante estupidez.

No vale la pena odiar a alguien por su religión, color de piel, sexualidad ni ningún otro factor. Lo mejor es odiarlos a todos por igual tan solo por ser humanos.

El odio que siento hacia la humanidad es tan inmenso que aniquilarla una vez no sería suficiente, tendría que aniquilarla muchas veces para sentirme satisfecho.

Las ambulancias son algo de lo más molesto, no solo por el ingente ruido que producen, sino por la engreída forma en la que evaden el tráfico. Además, y lo peor de todo, evitan un suceso muy bello: la muerte de uno o muchos imbéciles.

Constantemente se habla de la soledad como algo que debe evitarse a toda costa. Me pregunto por qué será así. No será más bien que el ser evita estar solo tan solo porque no es capaz de soportarse a sí mismo mucho tiempo o tal vez porque le aterra lo que pueda experimentar si permanece en tal estado por un largo periodo.

Sin importar el tipo de vida que podamos experimentar, así sea la más miserable o la más magnífica, siempre será preferible buscar su opuesto tan pronto como sea posible. Esto es así porque cualquier vida, independientemente de su estilo, encerrará, de un modo u otro, sufrimiento, desesperación y una inmensa agonía.

Claro que la vida es perfecta, perfectamente hecha para torturar a las criaturas que la experimentan. Creo que, de hecho, nunca ha existido mayor muestra de un perfecto sistema de encarcelamiento, tedio, desilusión, esclavitud, sacrilegio y blasfemia que este. La vida, así, se convierte en el método de tortura más brillante alguna vez concebido y del cual debemos formar parte en contra de nuestra voluntad.

No importa qué nueva actividad realicemos, qué nuevo objetivo persigamos, qué nuevo proyecto emprendamos, qué nuevo lugar visitemos, qué nueva persona conozcamos, qué nuevo libro leamos, qué nuevo juego juguemos ni qué nueva vida vivamos... Al final, siempre se terminará por caer en el inevitable quiste del aburrimiento producto de un accidente que jamás tendrá sentido alguno: existir.

Todas las estrellas se apagarán al fin esta noche, al menos para mí así será. El final está cerca y es así como lo deseo. La culminación de una vida absurda entre millones, de una existencia gris y apagada que jamás tuvo ningún sentido. Las lágrimas están de más, la sangre dejará de fluir por este cuerpo decadente en breve y todo lo que ahora es cesará su fatídico andar. El último suspiro escapa de mis labios fríos y, de un momento a otro, todo funde a negro, a un negro eterno, al bello negro eterno de la muerte.

Todos ellos trataban de convencerme de que había enloquecido, pero sé que mentían. ¿Cómo creerles cuando las voces en mi cabeza me sugerían plenamente todo lo contrario?

En realidad, la muerte solo es importante mientras estamos vivos. Una vez que morimos, ya nada importa, ni siquiera haber muerto.

Después de todo, no podemos culpar a la humanidad por ser tan estúpida, puesto que quizá tal condición esté tatuada en lo más profundo de su ADN.

Para las personas es indispensable reunirse y convivir con otras personas que tengan su mismo nivel de estupidez o más, pues así se sentirán protegidas y libres de esparcir sus tonterías. De hecho, a esto es a lo que coloquialmente se le llama tener química con alguien.

No hay peor sensación que saber que mañana, con una gran probabilidad, continuaremos existiendo sin ningún sentido en esta miserable y patética realidad humana.

Lo que me ocasionaba una profunda y acérrima depresión era existir en sí. Sí, así es: tan solo el mero fenómeno de la existencia me deprimía, asqueaba y trastornaba. ¿Por qué? No lo sabía con certeza, pero es que simplemente no podía concebir como una existencia tan estúpida y trivial como esta podía ser posible, ni mucho menos podía atisbar que toda esta inmundicia tuviera un propósito. Así pues, no importaba si la existencia era buena o mala; el problema, en esencia, consistía en que la existencia no era algo que debiera existir.

XI

Dado que existir en este execrable mundo siendo parte de esta nauseabunda raza y prisionero de este mundano cuerpo era solo una agonía absurda e irremediable, entonces ¿qué otra maldita opción tenía que no fuera suicidarme?

Habiendo infinitas razones para dejar de existir, el ser es tan tonto y necio que siempre hallará, en sus infinitos delirios, alguna para justificar su repugnante existencia.

Ya ni siquiera soportaba ver, escuchar o estar con las personas, pues cada vez me parecían más absurdas y fétidas sus humanas almas. Si continuaba así el asunto, entonces lo mejor sería ir a un lugar donde jamás ningún otro ser pudiera molestarme. Y tal vez para eso fuera imprescindible ahogarme en el catártico manantial de la muerte.

La ventana se manchó de su sangre aún caliente y mi alma se deleitó con su cuerpo también aún en el mismo estado. Sus gritos de agonía y sus últimos lamentos antes de dormir para siempre produjeron en mí un profundo impacto, pues era el punto de partida para mi posterior misión. La transformación estaba ya completa y solo quedaba una cosa por hacer: enterrar mi anterior yo con ella, la mujer que una vez amé, y aceptar mi auténtica naturaleza homicida.

¿Desde cuándo debemos aceptar que existir es algo deseable? ¿Por qué debemos simplemente vivir y hacer como si todo tuviera un sentido cuando claramente no tenemos ninguna certeza de ello? ¿Por qué aceptar nuestra naturaleza si es tan mundana y miserable? ¿Por qué no matarse si todo en esta vomitiva existencia está ligado al sufrimiento y al aburrimiento?

¡Qué cansado y aburrido resulta fingir interés en los demás cuando ya ni siquiera tengo interés en mí mismo!

Algo despertó en mí esa noche en que destacé sus cuerpecitos aún no desarrollados, pues me fascinó hacerlo. Sí, durante mucho tiempo había pretendido que los amaba y los cuidaba, pero tan solo era una bomba de tiempo que terminaría por estallar en algún momento. Y hoy es el día en que llegó ese divino instante: el de liquidar de una vez por todas a esas molestas y patéticas criaturas que un día llegué a llamar *mis hijos*.

Cualquiera puede creer lo que quiera y, en realidad, eso es un arma de doble filo. Pues, siendo así, una gran mentira puede ser considerada como una sublime verdad y una gran verdad puede ser considerada como una patética mentira. Por desgracia, en este mundo inadmisiblemente y ridículamente, la primera de las anteriores sentencias es la que impera.

No logro ver el sentido de esta vida que estoy viviendo y tal vez jamás lo haga, puesto que tal vez ni siquiera exista, lo cual me lleva a plantearme de manera seria la fantástica idea del acto suicida.

Tener un hijo es como ponerse uno mismo el pie en un camino ya de por sí bastante empedrado.

No tengo ningún problema con la existencia, salvo uno: que exista.

La muerte no es algo que debemos temer, evitar o aborrecer. Lo que sí debemos temer, evitar y aborrecer es la vida y, sobre todo, la vida eterna.

Si tan solo no fuera humano, podría amarme por encima de todo y de todos. Pero, por desgracia, no es el caso; así que tan solo me queda odiarme más de lo que odio a los demás.

Tan solo reuniendo todo el hartazgo, la ira, el desprecio y la repugnancia que ebulle en nuestro interior y llevándolos al punto de algidez máxima es que conseguiremos nuestro anhelado objetivo: el suicidio. De otro modo, seguiremos divagando absurdamente en esta patética y horrible realidad humana hasta que la muerte ponga fin a nuestra ridícula cobardía.

En este mundo grotesco, aquellos que se esfuerzan por algo son los verdaderos tontos y aquellos que se suicidan son los inteligentes. No obstante, aquellos que permanecen en un estado intermedio, como yo, solo tienen un posible destino: enloquecer.

La idea más sensata que podemos tener en este infinito pandemónium de insensatez absoluta es la idea del suicidio.

La decisión de morir es, de hecho, la convergencia natural de las cosas cuando nos percatamos de lo gravemente ofendidos que hemos sido al vernos obligados a existir en esta horrible realidad. En tales momentos, nos planteamos el por qué deberíamos tolerar todas las mentiras y laceraciones que esta vida tormentosa nos tiene venenosamente preparadas.

Y, para aquel que no acepta la miseria de la vida en todo su esplendor, no queda otra ruta por recorrer sino el sufrimiento existencial cuya culminación deberá ser, desde luego, el suicidio.

El problema, en esencia, no era tal vez la existencia en sí, sino la ridícula forma en la que se daba todo en ella, especialmente las cosas relacionadas con la humanidad.

En este estúpido juego que es la vida no nos detenemos a reflexionar ni por un solo instante que siempre será mucho mayor el esfuerzo que la recompensa en todo lo que hagamos. Es decir, no importa cuánto demos, siempre recibiremos mucho menos a cambio, ya sea a personas, situaciones o a la vida misma. ¿Puede existir entonces algo más injusto que esto? Peor aún, ¿puede existir algo más injusto que ser forzados a existir sin consentimiento alguno?

La pregunta final es: ¿realmente vale la pena soportar los casi infinitos momentos malos de angustia, desesperación y miseria que componen esta existencia absurda a cambio de los efímeros, casi nulos y demasiado cuestionables momentos de supuesta felicidad humana?

¿Cómo apreciar lo que supuestamente yo tenía en la vida cuando ni siquiera quería tener vida?

¡Cuán ridículas son las concepciones del ser que pretende basar su felicidad en una persona, una actividad, un trabajo, un objeto, una ciencia, un deporte o lo que sea cuando claramente esto no es sino una estratagema más de la pseudorealidad para que continuemos imbuidos en este absurdo y decadente sistema!

¿Cómo interesarme en lo que le pasa a los demás cuando ya ni siquiera me importa lo que me pase a mí?

¿Qué podría ser más hermoso que la belleza parapetada en la inexistencia absoluta? Pero los humanos nos aferramos a existir, aunque, más allá de nuestros delirios y autoengaños, sepamos que carece de todo propósito dicho acto. En fin, supongo que deberemos esperar a que la muerte ponga punto final a nuestra inútil verborrea y nuestro miserable andar por este horrible mundo para comprender esto.

Entonces, mientras yacía tirado en el suelo y brutalmente ebrio, vino una mariposa, negra y hermosa, y se posó en mi nariz. Suavemente, como si se tratase de un sueño, me dijo en una especie de susurro: “la muerte es igual a salvación”.

“Háblame de ti ahora, cuéntame que ha sido de tus sueños, metas y demás mentiras que te repetiste por tanto tiempo para evadirme. Dime también cómo te sientes al saber que, en breve, nadie te recordará y que todo por lo que alguna vez luchaste es ridículamente absurdo. Mírame, yo soy la única y última verdad que alguna vez conocerás...”, susurraba la muerte tras haberme finalmente decidido, aunque demasiado tarde, a cruzar aquel majestuoso umbral arrojándome del edificio donde tantas veces odié y maldije mi vida, misma que ahora, entendía, no tuvo nunca el más mínimo sentido.

Los ingenuos (99.9 % de la humanidad) escriben, hablan y luchan; los iluminados (0.01 % de la humanidad) callan, reflexionan y se matan.

No existe acto más honesto y desinteresado que quitarse la vida, pues se hace sin esperar nada a cambio y cuando todas las mentiras que nos ha contado por tantos años al fin se desvanecen.

Ninguna persona, sin importar lo increíble que creamos que es, vale la pena lo suficiente como para alejarnos de nuestro ya decidido plan suicida.

Quien prefiere la vida, pese a ser apoyado, vive en una execrable mentira. Quien prefiere la muerte, pese a ser repudiado, muere en la sublime verdad.

Un buen punto de partida, aunque no siempre fácil de seguir, para soportar un poco esta insoportable existencia hasta que podamos al fin suicidarnos es aceptar que las personas a nuestro alrededor comparten tres características que rara vez serán incumplidas: están sumamente adoctrinadas, son fácilmente manipulables y, sobre todo, son y serán increíblemente estúpidas conforme más tiempo existan. Esto, sin duda alguna, nos ahorrará demasiados disgustos y absurdas disputas; sobre todo con nosotros mismos, claro.

La agonía de ser, esa sensación tan profunda que siempre aparece en conjunto con la desesperación de existir, cada vez era más fuerte y no podía ya ser calmada con ningún antipsicótico. En verdad, ya no podía contrarrestarla con nada y tal vez era esta la señal de que mi momento había llegado. Sí, el sublime momento de ser un auténtico héroe, de aceptar mi verdadero yo y, principalmente, de mostrarme un poco de amor

propio eliminando de manera definitiva mi asquerosa y patética humanidad por la eternidad.